

LAS CUARENTA LADRONAS

Erin Bledsoe

Traducción: Julián Alejo Sosa



CAPÍTULO 1

Londres, 1920

HAY QUIEN ROBA POR DESESPERACIÓN. Y HAY QUIEN ROBA porque le gusta.

Yo lo hago por las dos razones.

—Un escocés para mí —dice el objetivo que he elegido.

Le esbozo una sonrisa.

—¿Algo más?

Me escruta de arriba abajo mientras miro el reloj de oro que cuelga del bolsillo de su traje de doble botonadura y solapa de pico. Me provoca como los vendedores en Piccadilly, agitando el pan recién hecho y las frutas frente a un grupo de niños hambrientos que se mueren por un bocado.

—¿Cómo te llamas, muñeca? —pregunta, mientras se ajusta los pantalones antes de extender una mano para apoyarla sobre mi cintura—. No recuerdo haberte visto antes. Y conozco a todas las chicas de Kate.

—A todas no —Le guiño un ojo y se acerca más con una sonrisa lasciva. Desliza la mano por mi muslo, manoseando las calzas del uniforme escandaloso que todas las camareras que sirven cócteles tienen que usar en el Club 43.

—Dime cómo te llamas, amorcito, y te daré una buena propina por traerme un trago.

Me inclino hacia delante.

—¿Cuánto?

Prorrumpe en carcajadas. A los hombres con dinero les encanta el poder que este les da, en particular, sobre las mujeres. Harán cualquier cosa, lo que sea, para que cedamos. Por suerte para mí, eso también los vuelve más descuidados. Bajan la guardia a medida que me acerco y, de ese modo, quedan a mi disposición.

Presiono la mejilla contra la suya. :

—Me gusta que me llamen preciosa —le susurro con dulzura, preparándome para tomar el reloj. Ni bien lo siento en mi palma, un escalofrío me recorre la espalda, erizándome la piel como un recordatorio de que este trabajo, en el que nací, es mi única vocación.

—Preciosa será. ¿Puedo verte cuando termines de trabajar? Puedo darte todo lo que quieras.

Ya lo hiciste.

—Ahora vuelvo con tu copa. —Intenta sujetarme la cara, pero retrocedo enseguida hacia la barra, guardando el reloj con discreción en un bolsillo que hay oculto en mi blusa.

—¡Necesito un escocés y dos cócteles de champán! —le grito al barman, golpeando la barra para llamar su atención, y luego me vuelvo para ver a los clientes mientras espero. No puedo evitarlo. La multitud es como un circo de tres pistas que representa un acto salvaje tras otro.

Es lunes por la noche en el Club 43, pero está tan animado como si fuera viernes. Toda la riqueza de Londres está aquí, brindando y riendo, mientras el champán salpica sus trajes de Savile Row y sus vestidos de alta costura.

Cuando era niña, solía soñar con pertenecer a su grupo, el de la élite privilegiada. Fingía que mi cuartucho era una mansión ubicada en el corazón de Mayfair y mis vestidos de algodón eran de seda fina. Según mi madre, podía creer

cualquier cosa con la imaginación, mientras que mi padre, un reputado ladrón, se aseguraba de hacerme entender que nunca tendría algo tan refinado a menos que lo robara.

La guerra me convenció de que mi padre tenía razón; soñar no me llevaría a ningún lado.

—Eres la chica nueva. Alice, ¿verdad? —El barman desliza mi orden sobre una elegante bandeja espejada—. Nunca habías trabajado en esto, ¿verdad?

Lo miro con detenimiento, centímetro a centímetro. Tiene un cuerpo con el que cualquier chica podría divertirse, delgado y musculoso, una mandíbula fuerte y unos labios carnosos y preciosos. La única falla que le encuentro es una pequeña cicatriz junto al ojo izquierdo. Por un breve instante, me imagino pasando los dedos por su cabello antes de acercarme un poco más a él.

—¿Es una pregunta o una acusación, Rob?

Se encoge de hombros y responde:

—¿Quizá las dos cosas?

Sigo jugando.

—¿Cómo me has descubierto?

—Por tu manera de mirar a la gente... No sé si es fascinación o asco.

—¿Quizá las dos cosas? —bromeo.

Una sonrisa asoma en sus labios.

—Cuando trabajas en sitios como estos, no tardas en acostumbrarte a la clientela.

Gruño a modo de respuesta.

—Vi a un tipo vomitar en su sombrero y luego casi se lo vuelve a poner sobre la cabeza para terminar el baile. ¿Quién puede acostumbrarse a eso?

Frunce el ceño.

—Entonces, ¿es tu primera vez?

Le lanzo una mirada reprobatoria por el reproche, pero en su sonrisa de oreja a oreja solo veo diversión.

—Yo no he dicho eso.

—Has trabajado en todo tipo de clubes en esta ciudad, ¿eh? ¿Qué decían tus referencias? ¿Murray de Beak Street? Dicen que la gente de ahí es peor que la de aquí.

Está pendiente de mí. La verdad, no tengo experiencia real: solo las referencias falsas que mi madre urdió para ayudarme a conseguir este trabajo. Mis documentos laborales cambian dependiendo del trabajo y también cambia mi nombre. Trabajo desde los catorce años. De eso hace ya seis; desde entonces, nada de lo que aparece en esos papeles es verdad. Soy quien necesito ser. De día trabajo como sirvienta para un tipo adinerado que es el propietario de un teatro mientras espero la llegada del momento adecuado para robarle sin que se entere.

Por la noche, sirvo copas en este club.

Tomo la bandeja y me marchó. Le llevo sin mucho cuidado la bebida al señor Sobón, y me abro paso por el salón al ritmo de la música de la banda de jazz, un ritmo trepidante que sale de sus instrumentos y consume a todos aquellos que salen a la pista de baile. Aparto la mirada de la banda durante el tiempo justo para entregarles las consumiciones a un par de personas, que señalan a la multitud juzgándola con la mirada. A veces, me pregunto qué deben de sentir esas jóvenes brillantes de la aristocracia, aterrizando a Londres con sus chismes y sus juegucitos. Estarán aquí hasta el amanecer, bailando entre copa y copa, bailando después de consumir cocaína con discreción.

—La banda suena genial —dice una de ellas.

La otra asiente.

—¿Bailamos antes de que se cansen?

Las veo alejarse hacia la multitud y el ritmo alegre de la música me acelera el corazón. Unas gotas de sudor me resbalan por el cuello mientras busco mi próximo objetivo entre el humo de los cigarrillos y los cuerpos que se

balancean. Entonces la encuentro, una chica que ha salido de fiesta con un vestido elegante y un bolso de mano tachonado de joyas. Me abro paso por el salón para acercarme a ella, zigzagueo por las mesas abarrotadas de gente y grupos vociferantes y, de pronto, lo único que puedo escuchar es mi respiración entrecortada.

Y lo único que puedo ver es a ella.

Las mujeres son difíciles. Solo puedo acercarme a ellas fingiendo que me tropiezo o que me las llevo por delante, lo que me concede algunos segundos para tomar lo que quiero: algún broche plateado, pendientes de oro o un anillo de rubí. Las mujeres son un riesgo, pero también un tesoro oculto.

Me acerco y, cuando estoy a punto de llevarme el bolso de mano brillante que cuelga de su hombro, gira hacia mí y me sujeta la muñeca con un gruñido grave.

—Ni se te ocurra, cariño.

Por instinto, preparo cientos de excusas y luego decido qué haré si me delata con Kate y esta llama a la policía. Succumbo al pánico, pero cuando abro la boca para decir algo, lo que sea, escucho mi nombre.

—¿Alice?

Confundida, retrocedo.

—¿Maggie? —Su nombre sale de mi boca como un suspiro sin aire y, por un momento, la música del club queda en segundo plano. Si bien aún puedo percibir el sudor y el aire viciado, siento que solo estamos nosotras dos. La amiga que había perdido hace tiempo y yo.

—¿Trabajas aquí? —Su voz revela la misma sorpresa, pero luego mira su bolso y esboza una sonrisa traviesa—. Estás perdiendo el toque.

Me esfuerzo por encontrar las palabras. ¿De verdad está aquí? ¿Después de todos estos años?

—Tres años y ocho meses —digo en voz alta, aún sumida en una nebulosa.

La Maggie que está frente a mí no se parece en nada a la muchacha de ropa andrajosa y puños ensangrentados con la que crecí. Era una pendenciera como yo, y estaba dotada de un gran talento para los robos y para salirse con la suya. Pero su gancho de derecha siempre fue mejor que el mío. Cuando nos conocimos, sus hermanos la habían llevado a combatir contra un hombre en el Pozo, mientras la multitud apostaba a gritos a su alrededor.

Por aquel entonces, en las calles la llamaban “La Parca”.

La mujer que es ahora tiene un aspecto radiante, con una capa corta de piel gruesa de color marfil y el pelo corto, aunque no hay maquillaje capaz de disimular su gesto de descaro.

Me maravillo ante su presencia.

—¡Pero mírate... qué elegancia! Has recorrido un largo camino desde que robabas chocolates en Lambeth.

Se aclara la garganta.

—Eso fue hace siglos.

Miro a su alrededor.

—¿Dónde está tu galán?

—No tengo.

La miro otra vez: una inspección más detallada que me deja sin palabras. Bajo la capa lleva un vestido negro, con un bordado intrincado y decorado con flecos. Sus panties no tienen ni un solo agujero, y en sus zapatos impolutos no se ven marcas.

Me obligo a hablar.

—Tus hermanos no me dijeron que habías vuelto a Londres.

—Regresé hace un tiempo —confiesa—. Lo que ocurre es que todavía no fui a visitarlos. La última vez que hablamos me dejaron bastante claro que no sería bienvenida en casa.

Mi mente vuelve a la noche en la que se marchó sin decir ni una sola palabra, dejándome con una doble preocupación,

imaginando todos los horribles escenarios posibles. Hasta que una mañana, después de pasarme meses pensando en ella, me desperté y llegué a la conclusión de que estaba muerta.

Y si estaba muerta, no tenía sentido echarla de menos.

Ese dolor familiar de nostalgia regresa en ocasiones y la angustia de recordar cuánto había significado para mí amenaza con superarme. No puedo permitir que eso ocurra. No aquí y no ahora.

—Me ha encantado verte, pero debería volver a trabajar —le digo, y me vuelvo para descubrir que el barman me busca con la mirada entre la multitud con una nueva bandeja de consumiciones que me esperan en la barra frente a él. Es mucho más guapo visto de lejos, de pie frente a todas las botellas de alcohol alineadas sobre la pared espejada que tiene a sus espaldas—. Ese aún me considera un poco sospechosa.

Me vuelvo, dispuesta a marcharme, pero me sujeta para impedirlo.

—Me enteré de lo de tu padre, Alice.

Me encojo de hombros, para restarle importancia.

—Doce meses con buena conducta.

—¿Cómo está The Mint sin él?

—No es asunto tuyo, ¿no crees? Debo regresar.

—Entonces, ¿podemos hablar cuando termines tu turno?

Le lanzo una mirada suspicaz.

—¿Qué quieres, Mags? ¿Alardear sobre lo bien que te han tratado los años y cómo se han ensañado conmigo? ¿Cómo me quedé con mi familia pero tú dejaste plantada a la tuya? No se me ocurre de qué otra cosa podemos hablar.

—¿Has oído hablar de Mary Carr y de su banda de ladronas? —pregunta sin tiempo que perder; me invade cierta sensación de miedo.

Papá siempre me enseñó a no decir en voz alta lo que

pienso, y mucho menos en un lugar tan atestado como este. Habría sentenciado: “Si quieres permanecer en las sombras, mantén la boca cerrada y sé invisible”. Su consejo no me ha fallado nunca.

Una ladrona tiene que ser invisible.

Sacudo la cabeza y miro a mi alrededor con cuidado.

—No. ¿Debería?

—¿Las Cuarenta Ladronas? Están haciéndose bastante famosas. ¿Es que no lees la prensa? Mary Carr es nuestra líder y ella...

—¿“Nuestra”? —Arqueo las cejas al oírsele decir—. ¿Estás metida en esta banda? —Todas las palabras tienen sentido por separado, pero no juntas—. ¿Estás en una banda?

—No se parece en nada a ninguna banda de la que hayas oído hablar.

Rio con tono burlón y dejó salir un suspiro profundo y pesado.

—Lo dudo.

—Mary tiene una cualidad positiva —insiste—. Sabe mejor que nadie cómo aprovechar las oportunidades.

—¿Entonces qué? ¿Todo eso es robado? ¿El vestido... el bolso?

Ríe ante esa idea y se alisa el vestido.

—Nunca usamos lo que robamos. Esto lo compré yo. Gracias a Mary Carr, tengo una nueva vida, opciones que nunca creí que podría tener. —Se le ilumina la cara—. ¿Quieres conocerla?

Mi mandíbula se tensa.

—¿Quieres que me una a una banda?

—No te enfades, Alice. —Hace una pausa—. Está aquí y ya le he contado que solíamos robar cuando éramos niñas. Y que tienes talento, como tu padre. Lo sabe todo. Le encantaría conocerte por fin.

Parpadeo lentamente y mis brazos y piernas quedan

adormecidos. El aire del club me parece caliente y apestoso, y amenaza con ahogarme. Cientos de recuerdos me inundan la mente, recuerdos de la niña que era entonces y la mujer que soy ahora. ¿Cómo se atreve a preguntarme eso? Pero, más importante aún, ¿cómo pudo haber pasado todo este tiempo alardeando de nuestros recuerdos compartidos de la infancia con cada persona por la que me abandonó?

—Creí que estabas muerta, Mags —digo, finalmente, con una voz fría como el hielo—. No supimos nada de ti después de que te marchaste. Ninguna carta... Nada.

Titubea durante el tiempo suficiente como para recuperar el aliento.

—Siempre soñamos con salir de ese lugar. ¿Por qué habría de mirar atrás?

—Me quedé sentada noche tras noche mirando esas calles oscuras y lúgubres, esperando que llegara un taxi y te dejara frente al local de mi madre. Y durante todo ese tiempo, ¿estuviste oculta, haciéndote amiga de la líder de una banda, alardeando sobre todos los recuerdos que tan poco esfuerzo te costó dejar atrás?

Su mirada viaja por toda la habitación antes de regresar a mí.

—Eso no fue lo que pasó, Alice. Puedo estar orgullosa de la chica que era y no querer volver a ser ella.

Me mantengo firme.

—Bueno, por lo visto, has olvidado que la familia Diamond no se une a ninguna banda... Así que puedes meterte tu oferta por donde te quepa e irte al diablo.

Inclina la cabeza.

—Sigues a la sombra de papi, ¿verdad?

Mi temperatura corporal sube.

—Y tú te limitas a cambiar la sombra de tu hermano por otra, ¿verdad?

—Mary no es como ellos.

—¿Es peor, tal vez? —Señalo con un dedo acusador su vestido, sustituyendo la envidia por una amargura que puedo saborear—. Al menos, tu hermano no te pedía que usaras este disfraz ridículo.

De pronto, la habitación vibrante que nos rodea parece más pequeña y carente de atractivo, y el silencio se interpone entre nosotras. Luego nos quedamos en silencio durante un largo tiempo en el que nos limitamos a mirarnos a los ojos. No sé en qué piensa ella, pero sí sé en qué pienso yo.

Es una extraña para mí, y eso me destroza.

Al final, y no sin ciertas dudas, dice:

—Buena suerte, Alice.

—No necesito suerte.

Rob me ve por fin y empieza a hacerme señas con gesto enérgico para que me acerque; aprovecho esa excusa para marcharme. Me abro paso hacia la barra a toda prisa, pero su buen humor se esfuma por completo.

—Si a la gente no le dan sus consumiciones, deja de comprarlas. Y los dos perdemos dinero. Yo preparo las consumiciones y tú las sirves. Esto funciona así. —Señala unos cócteles—. Estos son para la mesa del fondo.

Antes de llevar la bandeja, me aliso la camisa y los largos pantalones con cierta incomodidad. Llevo toda la semana tratando de acostumbrarme al tacto de esa tela áspera sobre mis piernas.

—¿Problemas con la ropa? —pregunta.

—Es la primera vez que uso pantalones —confieso, aunque omito contarle los pocos momentos de mi infancia en los que imitaba a mi padre, deambulando por la casa con sus pantalones, mientras perseguía a mi hermano, Tommy.

—Porque las mujeres no usan pantalones. Tampoco son propietarias de clubes, pero aquí estamos.

Señala con la cabeza a la propietaria del Club 43, Kate Meyrick, quien revolotea de grupo en grupo como la

personificación de alguien sociable, riendo y hablando con cada cliente. Nadie sabe cómo se las arregló para convertirse en la reina del mundo de los clubes nocturnos, pero aquí está. Y eso es todo. Cuando me entrevistó para el puesto de trabajo, me hizo una pregunta: “¿Qué pasa si un cliente intenta ponerte una mano encima?”.

Sin pensarlo dos veces, le respondí la verdad: “Le daría una patada donde más duele”.

Me contrató en el acto.

—A Kate le encanta romper las reglas, así que será mejor que te acostumbres a los pantalones —termina, y se señala el uniforme: pantalones con tirantes que se cruzan sobre su pecho desnudo y un moño del mismo color—. Al menos, tú tienes ropa. Kate se divierte bastante vistiendo a las mujeres como hombres y a los hombres como... —busca la palabra correcta— esto.

Sonríó y lo miro sin recato de los pies a la cabeza.

—Pero ¿quién se va a quejar de esta vista?

Se sonroja, señala la mesa una vez más y le da un golpecito a la bandeja con los cócteles. Veo a Maggie acercarse y sentarse con las chicas que están ahí, y entonces entiendo que los cócteles son para su grupo.

Me retuerzo las manos, incómoda, por un momento, y luego avanzo con determinación. Sostengo la bandeja con destreza sobre un hombro mientras me acerco a la mesa. Hay cuatro mujeres sentadas en los asientos mullidos, vestidas con abrigos de piel gruesos y enjoyadas de arriba abajo. Collares de perlas en los cuellos, acompañados con pendientes con gotas de rubí y brazaletes de oro que captan mi atención incluso con esa luz tenue. Parecen maniqués de un escaparate de Selfridges.

—Por fin —dice una, impaciente, y toma una copa de la bandeja antes de darme tiempo a apoyarla sobre la mesa. La gemela sentada a su lado hace lo mismo.

Maggie está sentada al otro lado, y me esboza una sonrisa demasiado victoriosa para mi gusto, como si diera por hecho que estoy aquí por elección propia. Mira a su compañera, una mujer con una piel de chinchilla teñida de rosa y un tocado plateado con plumas sobre el cabello dorado, como la corona de una reina.

Cuento siete anillos de diamante en sus dedos. Son piedras pequeñas, pero talladas por una mano experta. Por un breve instante, en mi mente aparecen recuerdos de mi padre arrodillado a mi lado cuando era niña, mientras me enseñaba a ver la diferencia.

“Un diamante bien cortado es luminoso y brillante, y uno mal cortado es opaco”.

Entonces, yo lo miraba y le preguntaba con una sonrisa llena de curiosidad: “¿Y de qué tipo soy yo?”.

“Brillante, hija mía. Brillante”.

Aparto el recuerdo y me concentro en sus dedos. A diferencia de las otras chicas, que solo perciben mi presencia cuando retiro las copas vacías, me esboza una sonrisa. Debe de tener al menos veinte años más que las otras, pero el tiempo ha sido generoso con sus facciones; solo hay algunas arrugas alrededor de los ojos. Debería estar relajada por tanta amabilidad, pero esa sonrisa gatuna me pone alerta y me hace sentir como si ella supiera un secreto del que yo no estoy al tanto.

¿Esta es la famosa Mary Carr?

—Siento haberlas hecho esperar, señoritas.

—Entonces, ¿nos traes un whisky? —pregunta Maggie con una sonrisa traviesa—. Ya sabes que no soy una chica de ginebra.

—Se podría decir que ni siquiera eres una chica —bromea una de las gemelas; la otra ríe.

—Tú sigue abriendo esa boca, Norma, y te vas a comer mi puño —responde.

La mujer más grande chasquea los dedos.

—Maggie, pórtate bien esta noche.

—No puedo prometerlo, Mary —dice Maggie mientras pone los ojos en blanco.

Mary me vuelve a mirar, y entonces Norma y su hermana se marchan a la pista de baile.

Me aclaro la garganta.

—¿Les traigo algo más?

—Eres rápida con las manos —me elogia la mujer mayor; doy por hecho que se trata de Mary Carr—. Vi cómo recolectabas cosas en la multitud. Tienes talento. ¿Cómo has conocido a nuestra Mags?

¿“Nuestra Mags”? Aprieto los labios y hago caso omiso del comentario.

—¿Recolectar?

—Robar —dice, con una voz que ahora es poco más que un susurro—. Pero preferimos llamarlo recolectar. Suena menos drástico; ya sabes, robar es una palabra muy tétrica. No nos gustaría que nos atrapasen hablando de ese modo.

—¿Nos?

—Somos como tú. —Señala a Maggie y luego a las gemelas que bailan foxtrot—. Recolectoras. Solo que nos dedicamos a las tiendas en el West End, donde están las verdaderas recompensas.

Mi imaginación se desboca.

—¿Se llevan cosas de los grandes almacenes?

Nunca tuve las agallas para hacer algo tan arriesgado. Cada vez que mi padre intentaba hacerlo, un policía lo arrojaba sobre los adoquines de la calle y lo sacaba a rastras antes de que siquiera tuviera tiempo de guardarse un alfiler de sombrero.

—Toda clase de tiendas —responde, y pasa los dedos sobre su abrigo de piel rosa con una expresión complacida—. Algunas mujeres nacen con todo esto. Las cosas más

elegantes de la vida. —Mira a las damas adineradas en el club—. Otras no. Otras se esfuerzan día a día para disfrutar de lo que otras mujeres dan por sentado.

Por desgracia, me quedo hipnotizada por sus palabras, observando el movimiento de su boca, anticipando lo que vendrá luego.

—Mis chicas y yo no nacimos con estas cosas elegantes, pero podemos obtenerlas. ¿Quieres saber cómo?

Se me seca la garganta cuando giro para mirar hacia la barra, desde donde Rob me lanza una mirada fulminante.

—¿Sí? —La voz de Mary vibra en mis oídos. Vuelvo la mirada otra vez hacia ella.

—¿Cómo?

—Tenemos las pelotas para llevárnoslas.

Me detengo un momento para encontrar las palabras.

—Hay una línea muy delgada entre tener agallas y ser una estúpida. Apuesto que mis pelotas son igual de grandes que las tuyas. La diferencia es que soy algo más cuidadosa a la hora de mostrarlas.

Resopla y luego me esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ay, cómo me gustas! Me encantaría darte la oportunidad de hacer una audición.

—Déjame que te traiga ese whisky. —Me aclaro la garganta y me marcho a toda prisa, consciente de que Mary me mira mientras me alejo. Mis bolsillos están repletos de cosas que he reunido esta noche, que *he recolectado*, y alguien aquí dentro lo sabe; mi mente va a toda máquina. Regreso a la barra y me inclino sobre el mostrador para llamar a Rob.

—¡Eh! ¿Conoces a esas chicas?

—No diría que las conozco, pero vienen aquí todos los lunes por la noche para celebrar.

—¿Celebrar qué?

Tengo el presentimiento de que no le gusta mi interés en el tema.

—Son problemáticas. —Toma el periódico de hoy de debajo de la barra, lo abre frente a mí y señala la primera plana—. Son Las Cuarenta Ladronas.

Bajo la vista y leo las primeras líneas.

—¿Una banda de ladronas de tiendas? —Extrañamente, no había oído a mi padre mencionarlas. Por lo general, siempre habla sobre todos los gánsteres que asolan las calles de Londres, en especial los hermanos McDonald, que acaban de declararles la guerra a los italianos por las apuestas en el hipódromo. No logramos que deje de hablar de ellos, pero nunca hizo la menor mención a bandas de chicas.

Rob lanza una sonrisa burlona.

—Una plaga de langostas que le roba a la gente honesta. Su líder, Mary Carr, ha sido juzgada cinco veces en lo que va de año.

—¿Y no la han condenado? ¿Cómo es posible?

—Pueden atraparla cuantas veces quieran, pero hasta que no encuentren los bienes que ha robado, es pura especulación. Dicen que guarda todo en un almacén en algún lugar y que luego lo esconde antes de que la policía lo pueda rastrear. Tiene muchas conexiones en esta ciudad y con los hombres que la controlan. Al menos, sé que está conectada con los McDonald.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos, lo que me deja unas marcas profundas y curvas.

—¿Te refieres a la banda de Elephant and Castle?

Asiente.

—¿Kate Meyrick sabe quiénes son? ¿Por qué las deja entrar a su club?

—Supongo que porque pagan una cantidad obscena de dinero para celebrar aquí. Kate se maneja así, favores por favores.

—¿Cómo sabes todo esto?

Sirve un poco de champán.

—Tengo buen oído. Sé muchos secretos. Es una responsabilidad con la que cargo por ser el tipo que hace los cócteles. —No suena furioso, solo exasperado—. Pero sabes lo que dicen... Todo el mundo tiene algún secreto en el Soho.

No soy consciente de lo preocupada que parezco hasta que su gesto relajado da paso a una preocupación que es reflejo de la mía.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondo vagamente, y sacudo la mano con gesto de restarle importancia—. No seas estúpido. No paro de escuchar cosas terribles sobre las bandas.

Sabe que estoy mintiendo porque se apresura a replicar:

—Le pediré a otra chica que lleve las copas.

—No. —La palabra sale rápido, con tono cortante—. Yo me encargo.

—Escucha, Alice, si sabes lo que te conviene, será mejor que mantengas la cabeza baja y permanezcas lo más lejos posible de esas chicas.

Respiro hondo y me enderezo, agradecida por su preocupación.

—No soy una niña. Puedo cuidarme sola. Además, con esa cara de bebé que tienes, incluso podría ser más mayor que tú.

Frunce el labio inferior como si hiciera un puchero cuando me entrega el whisky de Maggie.

—¿Estás segura de que no quieres que lo lleve otra camarera?

—Ya te he dicho que este lo voy a llevar yo. —Tomo el vaso.

Cuando voy hacia la mesa, me grita:

—¡No me vuelvas a decir que tengo cara de bebé! Esta cara es de hombre, ¿me oyes? ¡Cara de hombre!

Avanzo hacia Maggie y Mary Carr y apoyo el vaso sobre la mesa mientras frunzo el ceño. Supongo que es mejor

acabar con todo esto ahora y no dejar que el asunto llegue más lejos.

—Gracias, pero no estoy interesada, y agradecería que no le hablastes a nadie de mis tareas de recolección. Necesito conservar este trabajo.

Maggie no me presta atención. Aferra el vaso de whisky y se lo bebe de un solo trago, pero Mary Carr me toma de la mano, con sus largos y elegantes dedos sobre mi muñeca.

—¿Por qué no? —Me mira a los ojos—. Maggie ya me ha contado todo lo que hay que saber sobre ti y tu familia, y ya he visto que tienes talento.

Aparto la mano, y retrocedo con un bufido casi imperceptible. La envidia que sentía hacía apenas un momento, al ver a una amiga que creció lejos de su origen humilde, se ha desvanecido por completo ahora que sé que tiene una correa invisible alrededor del cuello.

—No pierdas el tiempo tratando de seducirme. No me uno a bandas. Es una regla de la familia Diamond.

Abre bien grandes los ojos.

—Quizá sea ahí donde tu familia se equivoca. Una banda es una familia. Una banda es un hogar. La nuestra es una hermandad. Yo cuido a mis chicas.

La risa incontrolable que brota de mi interior arranca una expresión casi imperceptible de disgusto en la cara de Maggie, pero ya no le presto atención. Sabía muy bien que no debía reclutarme para una tarea como esta, pero lo ha hecho de todas maneras.

—La respuesta sigue siendo no.

Eso hace callar a Mary Carr. En su lugar, me taladra con la mirada, como si esperara ver algo en el fondo de mis ojos: ¿un punto débil, quizás? Algo que pueda manipular para dominarme. Quizá buscó esa debilidad en las demás chicas.

No la encontrará en mí.

Soy hija de mi padre. No hay ningún punto débil que

encontrar, ningún lado amable que explotar. No me pueden manipular ni quebrar. Estoy hecha de acero.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Sí —respondo con frialdad—. Pero no puedo prometer que te responda con la verdad.

Ríe, pero suena forzado.

—Maggie tenía razón al decir que eras terca y cabezona.

—¿Cabezona? —Fuerzo la misma risa que ella—. ¿Vi-
niendo de Maggie Hill?

Maggie ni siquiera levanta la vista de su vaso vacío.
Mary cruza los brazos.

—Quizá cambies de parecer.

—Avísenme si quieren algo más de beber, señoritas.

Mientras me voy, escucho a Maggie.

—Ya te dije que no perdieras el tiempo.

Cuando termina mi turno, salgo por la puerta trasera hacia la acera bien iluminada del Soho, donde varios coches elegantes a motor esperan estacionados y algunas parejas se besan bajo los postes de luz. Los músicos siguen tocando en alguna de las esquinas de la calle y, si bien apenas hay tráfico en el mercado de Berwick Street a estas horas de la noche, aún puedo imaginar los suaves ecos de los vendedores que gritan desde sus puestos. Respiro hondo, dejando que el aire de la noche me llene los pulmones, preparando lentamente mis pies ya doloridos para la caminata de vuelta a casa.

—¡Eh! —grita una voz desde una entrada privada situada a un lado del club que creía que estaba reservada para Kate. Es un sujeto ancho de hombros, y a todas luces está ebrio. Me guiña un ojo—. ¿Eres una de las chicas de Kate? Seis chelines por un baile y dos libras para algo más, ¿sí? ¿Te parece bien ese precio para divertirnos un rato?

Miro a la puerta lateral una vez más. Kate no mencionó la existencia de una entrada secreta para hombres que quisieran un poco de diversión, y seguro que eso no formaba parte de la descripción del puesto de trabajo.

—Solo soy una camarera —le digo—. Y, como parece que no necesitas otro trago, mejor te vas al diablo, ¿sí?

Se acerca.

—¿Tres libras, entonces? Me gustan las mujeres altas.

Reúno una tremenda fuerza de voluntad para controlar mi temperamento. Dejo salir un largo suspiro .

—Si me gustaran los gordos borrachos...

La sonrisa en su rostro se desvanece.

—Vaya que tienes una boca, perra maleducada. ¿Qué te parece si se lo cuento a Kate Meyrick y hago que te eche?

—Sacala mano del bolsillo y me manosea los pechos—. ¿O podemos llegar a otro acuerdo?

Antes de que pueda pensar, me siento desbordada por una ira avasalladora. Lo tomo del brazo y se lo doblo hacia atrás con fuerza hasta que empieza a chillar de dolor.

—Solo soy una camarera —repito, con tono enérgico.

Se sacude y se queja.

—¿Todo bien? —le oigo preguntar a Rob. Me vuelvo. Ha salido por la puerta del frente, fumando un cigarrillo, pero está alerta y entusiasmado como un perro de caza que acaba de encontrar a su presa. Suelto al hombre con un silbido.

—Fantástico.

Rob apunta su barbilla en dirección al hombre.

—Quizá deberías tomar un taxi, amigo. Hora de volver a casa.

El hombre nos mira a los dos, pero sus ojos deambulan por la complexión ágil y musculosa de Rob antes de alejarse trastabillando. Sacudo la cabeza y obligo a mis manos tensas a relajarse.

Rob me mira.

—¿Te ha hecho daño?

—Yo le he hecho daño —digo con tono firme—. Podría haberle roto el brazo si hubiera querido.

—Qué lástima. ¿Qué hombre no quiere salvar a una muchachita y ser un héroe?

—Yo no soy una muchachita y no necesito que me salven. —Sé que lo estoy tratando un poco mal, pero sigo furiosa, y una parte de mí quiere salir a buscar a esa escoria humana y hacerlo desear que no vuelva a poner sus ojos sobre mí.

—Ya veo. —Gira su cigarrillo entre los dedos antes de ofrecerme una fumada. Doy solo una y se lo devuelvo. El humo llena mis pulmones y calma mi corazón acelerado.

—¿Quién te enseñó a hacer eso? —pregunta.

—¿Quién me enseñó a hacer qué? ¿A decirle que no a un hombre? ¿O a romperle el brazo cuando no me escucha? Sonríe.

—Las dos cosas.

—Mi padre.

—Qué cosa tan extraña para enseñarle a una niña.

—Más padres deberían enseñar a sus hijas a pelear igual que sus hijos. El mundo es un lugar violento, y Londres también.

—Partes de Londres —razona—. Partes de este mundo. No tiene que ser blanco o negro. Hay otras opciones.

Suelto una carcajada.

—¿Acaso insinúas que debería haber tenido una conversación razonable con ese cretino? ¿Un pobre diablo que no tiene intención de escuchar?

—No me refiero a eso. Solo digo que a veces hay maneras de evitar una pelea.

Echo los hombros hacia atrás y lo miro más seria.

—¿Cuántas peleas has evitado tú? —pregunto con tono burlón.

—Nunca las suficientes. —Su voz suena distante y baja la mirada—. Solo digo que las cosas parecen diferentes cuando has estado en una guerra de verdad.

Me invade una intensa oleada de arrepentimiento. La mayoría de los hombres de esta ciudad fueron a Francia a combatir, pero, de algún modo, creía que él se había librado por su despreocupado encanto y por su agudeza.

—No debería haberte tratado así. Mi hermano, Tommy, estuvo en la guerra y regresó con más fantasmas personales de los que tenía cuando se fue.

Asiente.

—Como la mayoría de nosotros.

Espero que la vida regrese a su rostro. Verlo sonreír otra vez.

—Bueno, gracias por... eso.

Ahoga una risa.

—Qué poco te ha gustado decirlo, ¿verdad?

—Lo he detestado. —Pongo los ojos en blanco con aire dramático.

Y la sonrisa regresa. Le devuelvo el gesto y señalo la entrada privada.

—No sabía que el 43 también era un burdel.

Su mirada no parece juzgarme cuando responde:

—Muchos hombres solitarios regresaron a sus hogares y necesitaban algún tipo de consuelo. Ofrecen lo mismo en el Hotel Piccadilly. Cinco chelines por una canción y un baile.

—Pero ¿con dos libras es suficiente para conseguirte una joven con la que te puedas acostar? —No puedo contener el tono burlón.

—¿Kate no te preguntó si querías hacer las dos cosas? ¿Trabajar en el club y ser una mujer de consuelo?

—¿Cómo que una chica de compañía?

—Así las llaman.

—Una prostituta —lo corrijo, y sacudo la cabeza—. Creí

que Kate era diferente. Por eso quería trabajar aquí. ¡Una mujer dueña de su propio club nocturno! Una que evita las redadas policiales, desafía la ley en cuanto se le presenta la ocasión y se mantiene en la cima. —Percibo como subo el tono de voz—. Pero parece que es igual que todos los hombres y explota lo que las mujeres tienen entre sus piernas.

—No diría que lo explota —dice, y señala a algunas de las chicas de compañía que acaban de salir. Tienen vestidos brillantes de lamé con collares de perlas alrededor del cuello. No tan fabulosos como los de Mary y su banda, pero mejores que los de cualquier otra persona con la que crecí.

—¿Insinúas que, si alguna vez quiero algo caro o bonito, tendré que robarlo como Mary o vender mi cuerpo como esas chicas? ¿Crees que solo tengo dos opciones en la vida?

—No importa lo que yo crea —dice con tono cortante—. No voy a juzgar a una mujer por lo que hace para conseguir unas bonitas perlas. No soy ningún santo. No puedo tirar la primera piedra.

Me cruzo de brazos.

—Antes mencionaste que todo el mundo tiene un secreto en el Soho. ¿Cuál es el tuyo?

—Ya te lo contaré —responde—. Pero tienes que permitirte desayunar conmigo.

Parpadeo lentamente.

—¿Casi le rompo el brazo a un tipo frente a ti y me invites a una cita? —Otra vez la cara colorada—. ¿Llevas a todas las chicas nuevas a desayunar o solo a las guapas?

—Solo a las guapas —responde con una mirada juguetona, y me ofrece su cigarrillo otra vez.

Esta vez lo rechazo con un gesto.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Paso caminando a su lado, pero no sin antes decir:

—¿Quizá las dos cosas?